

Aquella noche llovía sobre la ciudad.

Hacia dos horas que las calles se habían quedado dormidas y un resplandor inútil de farolas alumbraba los silencios con un vaho azulino que se posaba despacio sobre las aceras nuevas y el charol del asfalto. El revuelo del agua al caer en la medianoche confería a Viena el aspecto de una ciudad deshabitada, como en el final de una guerra que se ha perdido; una ciudad desolada y temerosa donde la culpa seguía arañando después de tres generaciones y la vieja memoria borraba sonrisas con la severidad de un réquiem. A intervalos, igual que espasmos, violentas ráfagas de viento del Oeste incrementaban la sensación de frío y algunos relámpagos, enmascarados entre las nubes, iluminaban los cielos, sobre el horizonte. Acababa de comenzar octubre, pero el aire dolía ya en la cara y en las manos como si los días estuviesen cruzando sin disimulo la mitad del invierno.

Cautelosos, sigilosos y furtivos, tres hombres se bajaron apresurados de un Skoda checo detenido minutos antes en la Karlsplatz esquina a la Karlsgasse, justo enfrente del costado derecho de la Karlskirche, la majestuosa iglesia erigida en honor de san Carlos Borromeo. Iban enfundados en trajes de neopreno, iguales a los que usan los submarinistas, pero con la capucha recortada, y se habían cubierto la cabeza con pasamontañas negros de nylon sin brillo. Calzaban zapatillas deportivas también negras y los tres se movían con aplomo y agilidad, mostrando conocer con absoluta precisión lo que tenían que hacer. Momentos antes habían sincronizado sus relojes a las doce en punto.

El griego Nikos fue el primero en apearse del coche. Tras él descendieron el austriaco Wilhelm y el italiano sin nombre. Se ajustaron el pasamontañas para protegerse de la lluvia y buscaron sus bolsas en el maletero. Al cerrar el capó, el italiano levantó un instante la cabeza al cielo. Nikos también miró a lo alto.

- ¡Maldita sea! ¡Tenía que ser esta noche! –refunfuñó el griego con la boca casi cerrada y torcida, dibujando un exagerado gesto de desagrado-. Ya sólo falta que nos parta un rayo.

- ¡Silencio! –El italiano se volvió hacia él, airado-. ¡Quiero absoluto silencio! ¿Entendido?

- Pero...

- ¡Cállate! Y además no sé de qué te quejas, griego: unos cuantos truenos no nos vendrían nada mal para que el ruido no lo hagamos sólo nosotros.

Los tres hombres, cargando cada uno con una bolsa negra en la mano, corrieron hasta la pared lateral de la Karlskirche y se pegaron al muro de piedra. Una vez allí se aseguraron de que nadie les había visto cruzar la calle y se dispusieron a avanzar a toda prisa por la tapia hasta llegar a la fachada principal de la iglesia. Un primer rayó iluminó la bóveda del templo: era de estilo romano, de más de setenta metros de altura, y el fogonazo del cielo se ahogó en el mismo lago colindante en el que se reflejaban los perfiles del sacro edificio. Instantes después un nuevo relámpago y el primer trueno zarandearon la noche con fuerza. El estruendo había comenzado.

- ¡Odio las tormentas! –maldijo el griego.

- ¡Cállate! –el italiano se llevó un dedo a los labios y luego indicó con la mano que lo siguiesen.

Sin dejar la pared llegaron hasta el frontispicio de la iglesia. El italiano miró a un lado y otro y les ordenó detenerse. A la derecha se alzaba la Universidad Técnica, cerrada y fantasmal a esas horas; y por detrás se extendía el parque que rodeaba el pequeño lago. Todas las calles cercanas siguieron desiertas hasta que, al cabo de unos segundos, una furgoneta blanca pasó lentamente por la Gusshausstrasse con los limpiaparabrisas luchando contra el agua que en aquellos momentos caía con la intensidad de un aguacero de verano. Por temor a ser descubiertos se pegaron a la pared como sombras y luego corrieron a refugiarse bajo el soportal de una de las torres cuadradas.

Resultaba imposible que el conductor de aquel vehículo hubiese reparado en ellos, pensó el italiano. Cuando la furgoneta blanca se perdió por el fondo de la calle, sin detenerse, el italiano dio la orden de seguir.

- Y luego, en enero, nos sofocará el calor...

- ¡Que te calles, joder!

Muy despacio, buscando la protección del arco de la torre y al amparo de los entrantes y salientes del edificio, se fueron acercando a la imponente columna de la derecha. Otro rayo iluminó durante unos instantes la fachada de la iglesia. Desde donde se habían detenido, la visión de aquellas columnas tan parecidas a las que Trajano erigió en Roma, así como la torre austriaca en la que antes se habían resguardado y la misma entrada griega, que imitaba la del Partenón, se mostraban impresionantes. Los tres hombres permanecieron un instante observándolas, sobrecogidos o quizá tan solo rendidos a la curiosidad; pero el italiano sin nombre reaccionó de inmediato, cubrió el último tramo de una carrera y se detuvo a los pies de la columna.

- Aquí –ordenó en un susurro-. Venid aquí.

Nikos y Wilhelm llegaron hasta él y miraron a lo alto. La columna, coronada por una peculiar balconada dorada y una terminación de cimborio con el techo abovedado, parecía elevarse hasta las entradas del cielo, donde se abrazaban las nubes. Luego se volvieron hacia el italiano, confusos.

- ¿Seguro que es aquí? –el griego frunció los ojos.

- ¡Seguro! –replicó el italiano, casi ofendido-. Ahí dentro, en el interior de esta columna, hay una escalera de caracol que asciende hasta lo más alto. Y allí es justamente a donde vamos nosotros.

El griego alzó los hombros, cabeceó a un lado y otro y se rascó la nuca por debajo del pasamontañas. Luego se alejó unos pasos del grupo y se detuvo a rebuscar por los laterales de la base cuadrangular, palpando la piedra cada vez más intrigado.

- ¿Se puede saber qué coño haces, Nikos? –preguntó el italiano, llegando hasta él.

- Pues buscar la entrada...

- ¡La puerta de acceso está dentro de la iglesia, joder! –el italiano alzó la voz, hastiado. Luego resopló paciente, se volvió al austriaco y señaló la entrada del templo con el dedo índice disparado-. Vamos, Wilhelm, fuerza el portón.

El rubio asintió. Los tres hombres corrieron hasta las puertas, subiendo de dos en dos los doce escalones de la escalinata que conducía hasta ellas, chapoteando en el agua retenida en la superficie de los peldaños. El italiano y el griego se escondieron al amparo de las columnas griegas mientras el impassible austriaco dejó con calma su bolsa en el suelo, descorrió la cremallera y sacó una ganzúa plegada que desdobló, fijó y atornilló antes de empezar a manipular la gran cerradura con el mimo de un maestro relojero. Wilhelm tanteó el interior del mecanismo concienzudamente hasta encontrar el punto de apoyo. Luego, con la misma ganzúa, hizo presión arriba y abajo y giró el pasador, extrajo el gancho del ojo de la cerradura y empujó con suavidad la puerta, que sin ningún quejido se movió lo suficiente para que un cuerpo pudiese entrar por la abertura.

Los tres hombres se deslizaron como comadreja en la nave ovalada. Una vez en el interior, el italiano empujó otra vez la puerta hasta unirla a su quicio, sin cerrarla del todo. Los goznes tampoco gimieron esta vez.

En aquel recinto sagrado olía a cera pura y a incienso viejo. La oscuridad de las tripas del templo era densa e inquietante; el peso de su grandiosidad se sentía casi dolorosamente, y los tres hombres notaron sobre la cabeza la opresión del gran vacío que ascendía hasta la cúpula. Sobreponiéndose, y a tientas, el italiano rebuscó en su bolsa, sacó una linterna y alumbró a su izquierda para desnudar la entrada a la escalera de caracol de la columna exterior. Por allí debía estar. Se acercó con mucho cuidado para no hacer ruido e

iluminó toda la pared con la lámpara, de arriba abajo. Y, en efecto, unos metros más allá, descubrió las huellas de la vieja puerta escamoteada detrás de un facistol claveteado por velas apagadas. No le habían informado mal.

La puerta interior que daba acceso a las escaleras de la torre, sellada desde hacía demasiado tiempo, estaba situada tras el atril de las velas y debajo de un altar voladizo con un juego de iconos de ornamentación sagrada. No tenía picaporte ni candados. Se encontraba tan abandonada que resultaba imposible decidir hacia qué lado se abría o por dónde convenía hacer palanca para que saltase. Incluso era posible que no se tratase de una verdadera puerta sino de un muro disimulado con un revestimiento que la imitase. El italiano sin nombre no se arredró.

- Aquí es. Saca la palanqueta, Nikos.

El griego recorrió la cremallera de su bolsa, extrajo la barra de hierro y se la entregó al austriaco. Wilhelm buscó alrededor de los límites de la puerta un punto de apoyo con la punta de la tranca, pero no lo encontró. Entonces rascó los bordes del quicio, que estaban recubiertos de cemento y años, y trazó una pequeña rueda. Se volvió al italiano para preguntar con la mirada si debía continuar horadando.

- Sigue –aprobó, y a la vez lo reafirmó con la cabeza-. Haz esa hendidura un poco más profunda a ver si consigues hacer saltar esta maldita puerta.

El austriaco rascó con fuerza hasta que completó la rueda que delimitaba uno de los laterales de la portezuela. Después sacó un martillo de su bolsa y otra vez con los ojos pidió autorización al italiano para introducir de un golpe seco la palanqueta por un punto intermedio, calculado al azar. El italiano le detuvo con un gesto de la mano, corrió hasta la puerta de la iglesia, la entreabrió apenas unos centímetros, miró al cielo y esperó a que se produjera la descarga de un nuevo relámpago. Cuando el cielo se llenó de luz contó mentalmente los segundos transcurridos hasta el momento más ensordecedor del trueno: uno, dos, tres, cuatro..., nueve segundos. Al abrirse el cielo con otro rayo, volvió a contar. Al llegar a cuatro, le indicó al austriaco que se preparase. Y al llegar a ocho, ordenó:

- ¡Ahora!

El ruido seco del martillazo se confundió con la exageración del redoble del trueno nuevo. El golpe fue tan vigoroso que la palanqueta se adentró más de un palmo en el interior de la rueda, con la facilidad de un cuchillo de monte hundiéndose en un queso sin curar.

- ¡Está hueco! –se sorprendió el griego.

El austriaco afirmó con la cabeza, corroborando las palabras de su compañero.

- Bien –asintió el italiano-. Prueba a hacerla saltar.

Los dos hombres se apoyaron sobre la palanca y sin necesidad de hacer un gran esfuerzo la puerta se abrió entre lamentos de goznes oxidados y desprendimientos de pintura, lascas de yeso y escombros de cemento. Como si trescientos años de silencio se hubieran derrumbado sobre un tiempo dolorido. El italiano se sobresaltó con el ruido del desplome, apagó de inmediato la linterna y rebuscó en las tinieblas del templo cualquier señal que delatase si algún clérigo o vigilante había salido para ver qué estaba ocurriendo. Dejó pasar unos segundos con la respiración contenida y los ojos desorbitados contra la oscuridad del vacío. Quizá fueran restos de lluvia, o acaso los nervios agarrados al vientre, pero su frente y las de sus compañeros quedaron rociadas por una pátina de sudor. El italiano recuperó el aliento, volvió a encender la linterna en dirección al suelo y, a toda prisa, se metió por la puerta entornada que daba al interior de la columna. Desde dentro ordenó a sus compañeros que lo siguieran; después encajó la puerta de nuevo a sus espaldas y empezó a subir velozmente las escaleras de caracol que ascendían sin fin.

Los tres hombres vencieron los primeros escalones animosos y con gran agilidad. Pero aquellos peldaños que daban vueltas y revueltas parecían no acabarse nunca. Aún no habían completado el primer medio centenar cuando el italiano les mandó detenerse.

- Está bien, descansemos un instante –balbució, jadeando.

- Menos mal... Debemos de llevar diez pisos, por lo menos... –el griego Nikos se derrumbó en un escalón.

- Unos seis pisos, seis –inventó el italiano, asimismo dejándose caer en otro peldaño-. Calculo que habrá que subir unos doce, así que tomémoslo con calma. Y tú, Wilhelm, puedes sentarte también.

El austriaco alzó los hombros, despectivo, para indicar que no necesitaba descansar, miró al italiano un instante y siguió subiendo.

- Sigue, sigue, que ya te pararás –rezongó el italiano sin nombre antes de perderlo de vista escaleras arriba.

- Ese tío... debió de nacer en un gimnasio –ironizó el griego, con la respiración entrecortada-. Y la verdad... es que yo... ya no estoy para escalar montañas...

- Por cien mil euros creo que escalarías por las tripas reventadas de tu propia madre... –el italiano resopló e hizo un gesto de desdén con la mano.

- Sí, es posible –el griego clavó sus ojos en el italiano-. Lo que no sé es por cuánto lo estás haciendo tú, *macarroni*...

- En todo caso no es asunto de tu incumbencia –el italiano aceptó el reto y le sostuvo la mirada.

- Ya –cedió el griego-. Pero tampoco nos has dicho qué es lo que vamos a robar.

- Ni puta falta que te hace saberlo, Nikos. Y no me vuelvas a llamar *macarroni* si quieres conservar la poca salud que te queda para gastar tu dinero. ¡Vamos, seguimos!

El italiano se incorporó y continuó subiendo peldaños. El griego, con una sonrisa de conformidad en los labios, le imitó.

- Seguro que se trata de un cuadro –murmuró, doliente-. Un Tiziano, un Bruegel..., qué sé yo. Pero un cuadro...

Sólo el fulgor de la linterna del italiano iba abriendo la ruta enmohecida por la que ascendían, desenmascarando paredes leprosas y deshabitándola de fantasmas. No había rastro alguno del austriaco Wilhelm. El griego, trepando muy pegado al hombre que le precedía, pidió descansar dos veces más; a la tercera, el italiano asintió. Ninguno de los dos era un niño: el griego rondaba los sesenta años, la vida le venía pasando sus facturas cada mañana y la artrosis al anochecer; el italiano, por su parte, tampoco era más joven, y aunque llevaba teñido de rubio su abundante cabello rizado, y su indumentaria juvenil resultaba impecable a cualquier hora del día o de la noche, las arrugas del corazón y de los pulmones no tenían lifting ni recomposición posibles. A la tercera vez que Nikos le rogó un minuto de descanso, el italiano le complació.

- ¿Sabes? –dijo el griego, dejándose caer sin resuello en un peldaño-. Ese jodido austriaco debe de haber puesto ya los pies en la Luna.

- Pues, sin una linterna, suerte tendrá si no se despeña y se rompe la crisma –cabeceó el italiano.

- A lo mejor lleva una en su bolsa...

Los dos hombres permanecieron en silencio desplomados en un escalón, con la espalda apoyada en la pared desconchada, respirando fatigosamente. Al cabo de un rato, el griego se miró las zapatillas y dijo:

- Hubo tiempos mejores... Miranos: creo que ni tú ni yo tenemos edad para estas cosas, italiano. Deberíamos estar ya jubilados... Y además, con esta facha... ¿Se puede saber para qué nos has disfrazado de buzos?

- Porque, si nos localizan, la única escapatoria es el lago, joder. ¿O es que tú tienes una idea mejor?

- Ya... –el griego sonrió, pero no se atrevió a responder lo que estaba pensando: que en el lago se iba a meter su padre, que él no iba a hacer de Cousteau por el Danubio y que le parecía una majadería. Y hubiese añadido que cuando el austriaco lo telefoneó de su parte para decirle que necesitaba un hombre más para un trabajo fácil y bien remunerado, se lo pensó; se lo pensó mucho, y habría dicho que no, pero estaba tan bien pagado... Aunque no respondió al italiano. Se limitó a decir:- Bien, bien, como tú digas. Ahora, te aseguro que esto será lo último que haga, te lo juro; con este negocio me retiro... Me retiro para siempre... Pero me preocupa una cosa, italiano, sólo una... Si se trata de un cuadro...

- No se trata de un cuadro, ¡joder! –el italiano endureció el rostro-. No seas pesado, maldito griego.

- Porque yo siempre he respetado mucho el arte, ¿sabes? He robado de todo: gasolineras, supermercados, joyerías..., incluso bancos. Una vez tuve que robar unos planos de la caja fuerte de una embajada, y otra vez un tren, puede que hayas oído hablar de ello, en Glasgow... Aquello sí que fue sonado... Y también he matado, sí, ¡he matado...! Pero, ¿quieres que te diga una cosa? ¡Nunca he robado un cuadro! ¡Nunca! Llámame romántico, o piensa que soy un loco, o lo que quieras. Pero, ¿sabes, italiano?, ese respeto por el arte lo heredé de Vassilis, de mi hermano Vassilis. ¡Del gran Vassilis Drakopoulos! Él era pintor, ¿comprendes? ¡Un gran pintor! Se pasó la vida haciendo bocetos, preparando lienzos, buscando el tema que necesitaba pintar. Hasta que por fin supo lo que quería. Por eso sólo pintó un cuadro en su vida. ¡Uno solo! Y era tan bueno que enseguida lo compró el Museo de Arte Contemporáneo de Atenas. Allí sigue el cuadro, en una sala, hermoso, magnífico, reluciendo como un faro en medio de tanta mediocridad; y allí también se pasaba mi hermano los días, todos los días. Me dijeron que el pobre llevaba pinceles y pinturas y, en cuanto el vigilante se descuidaba, retocaba un color, corregía un detalle... Nunca estaba conforme; pensaba que tenía que mejorar su obra. La insatisfacción es la esencia de los hombres con talento, italiano. Hasta que un día lo descubrieron y lo detuvieron. Cuando explicó lo que hacía y por qué, lo dejaron libre, pero ya nunca le permitieron volver a entrar en el museo. Y él, todas las noches, veía el cuadro en su imaginación, soñaba con su obra, trabajaba mentalmente en ella, decidía los cambios que necesitaba. Y empezó a amargarse ante la imposibilidad de realizar lo que deseaba, le desquiciaba la prohibición de acercarse a él. El pobre Vassilis terminó viviendo en los sueños, sólo en sus sueños, como un loco. Hizo cuanto pudo: pidió permiso para trabajar de nuevo en el cuadro, recurrió contra las negativas del museo, hizo declaraciones a la prensa repudiando la obra tal y como estaba expuesta... Pero no consiguió nada. Le dijeron que el Museo lo había comprado así y así querían que permaneciese. Por eso un domingo por la noche entró por una puerta de servicio para retocar una línea roja que a su juicio debía ser más gruesa. Sólo para eso. Pero lo sorprendieron, le volvieron a detener y a expulsar. No lo soportó. La renuncia a su obra le produjo una gran depresión y unos días después se suicidó. ¡Ah, mi pobre Vassilis Drakopoulos! ¡Qué gran genio! Por eso nunca he robado cuadros, ¿lo entiendes ahora, italiano? Pertenecen a sus autores, no a sus propietarios. Aunque no les dejen terminarlos... –Nikos se pasó la mano por la cara, triste, fatigado, seguramente arrancándose una lágrima que en aquella penumbra su compañero no vio.

- Vamos, griego –el italiano se incorporó-. Ya está bien de cháchara. Hay que acabar con esto.

- Sí, tienes razón –aceptó el griego, incorporándose.

Cuando llegaron arriba, el austriaco estaba sentado en el suelo bajo un arco del cimborio, esperando con los ojos medio cerrados. El italiano apagó la linterna para que la luz no fuera vista desde el exterior, salió al corredor y se asomó por la barandilla de la balconada para comprobar que nadie se acercaba a la Karlskirche. Seguía lloviendo, pero la tormenta había amainado. El griego se sentó también en el suelo junto al austriaco, jadeando, para recuperarse del último tramo de la escalada, y esperó a que el italiano decidiese lo que había que hacer. El cimborio que sostenía la pequeña cúpula azul con que se coronaba la columna trajana tenía cuatro puertas de acceso terminadas en un arco de medio punto, cada una de ellas abierta a un punto cardinal; y el italiano decidió dar la vuelta completa al deambulatorio para volver a entrar por la puerta posterior. El griego y el austriaco lo siguieron con la mirada, sin levantarse.

- Ven aquí, Wilhelm –el italiano lo llamó, en voz baja.

El austriaco se levantó y acudió junto al italiano sin nombre. Nikos se levantó también del suelo y lo siguió.

- No puedo encender la linterna –explicó el italiano-, pero ahí, entre esos dos arcos, tiene que haber un cuadro de san Carlos Borromeo; bueno, una pintura que representa a un hombre de iglesia grueso, purpurado...

- ¡Lo sabía! ¡Claro que lo sabía! ¡Joder! ¡Un cuadro! –rezongó el griego, indignado.

- ¡Tú cállate, Nikos, por todos los diablos! –espetó el italiano, irritado. Y volvió a dirigirse a Wilhelm-. Tienes que subir, descolgar el cuadro y bajarlo. Luego volverás a ponerlo en su sitio.

El austriaco levantó la cabeza sin comprender cómo lo haría. Estaba demasiado alto.

- Nikos y yo te auparemos. Vamos, tú eres joven y puedes hacerlo. Apóyate en nosotros.

El italiano y el griego formaron con sus manos un sólido nudo sobre el que el austriaco puso un pie. Se dio impulso y llegó a rozar el marco del cuadro con la yema de los dedos, pero necesitaba ser alzado una cuarta más, por lo menos, para poder descolgarlo. Volvió a bajar.

- Esto sí que es un imprevisto –se lamentó el italiano-. Con esto no contaba.

- Tal vez si encontrásemos un cajón, o algo en lo que subirnos... –dijo el griego y paseó por los alrededores con los ojos en el suelo-. Aquí no se ve nada, tendrás que encender la linterna.

- No. Nos pillarán. Voy a buscar yo...

Un relámpago, el primero de una nueva tormenta, iluminó de repente la estancia, como si se tratase de un milagro a medida o la fuerza del destino que todo lo marca. El trueno que le acompañó no disgustó esta vez al viejo Nikos.

- ¡Vamos, más rayos, más! –gritó con júbilo-. ¡Vamos a buscar un pedestal!

El italiano no podía creer en la suerte que les acompañaba cuando un nuevo relámpago puso al descubierto, junto a la puerta que daba al norte, varias pilas de ladrillos, de un metro de alto, que debían de haber quedado abandonadas allí después de la reforma que cegó el acceso a las escaleras interiores de las columnas. Sin dudarle empezaron a transportar los ladrillos hasta el pie del cuadro y entre los tres construyeron con rapidez un soporte que permitió al austriaco llegar de puntillas hasta el marco y descolgar el óleo.

Cuando lo tuvo entre sus manos, el italiano no se detuvo a contemplar el retrato. Le dio la vuelta, rajó con una navaja la tela de saco que protegía el envés del cuadro y metió la mano por la pequeña abertura, en busca de algo. Miraba al infinito, con los sentidos concentrados en el tacto para dar con lo que esperaba hallar, y al cabo de un rato, ajustado a la esquina inferior derecha del bastidor, lo palpó.

- Aquí está –dijo.
 - ¿Qué? –preguntó el griego, expectante.
 - Nada que pueda importarte, maldito chismoso –replicó airado el italiano-
- . ¡Nada!

El italiano rajó un poco más la tela y con todo cuidado extrajo un fajo de hojas de papel escritas, cosidas por uno de los lados. Se acercó la portada a los ojos para ver si se trataba de lo que había ido a buscar y sonrió satisfecho. Misión cumplida, pensó. De inmediato guardó las hojas de papel amarillentas en su bolsa, cerró la cremallera y ordenó prepararse para dejarlo todo como estaba.

- Seguro que tú sabes coser, griego. Cose esta tela. Y procura que no se note mucho.

- Pero, no tengo...

- En tu bolsa –señaló el italiano-. Puse lo necesario...

El griego abrió la bolsa, extrajo de un estuche negro una aguja gorda y un ovillo de cuerda fina y se dispuso a enhebrarla, en vano.

- ¡No veo nada! –protestó, malhumorado-. ¡No sé cómo quieres que pueda coserlo si ni siquiera veo para enhebrar la aguja!

- ¡Hazlo, por lo que más quieras! –el italiano estuvo a punto de gritar-. ¡Y deja ya de protestar, joder!

El austriaco se apartó y apoyó la espalda en la pared, a la espera de que el griego acabara de coser la tela y pudiera volver a colgar el cuadro. La permanente discusión entre aquellos dos viejos sólo le alteraba porque lo único que le importaba era acabar cuanto antes y salir de allí, pero ya estaba habituado a soportarlos y se resignó, escondiendo las manos en los bolsillos y dándoles la espalda. Entonces miró a través de la puerta que quedaba a su derecha y vio un nuevo relámpago, esta vez más débil, sobre el final de la Gusshausstrasse. Pero no se oyó ningún trueno tras él. Era un relámpago distinto, demasiado largo, inexplicablemente duradero, y el austriaco no tardó en comprender que aquel resplandor intermitente no provenía de ningún fenómeno meteorológico sino de los destellos de las luces de un coche de la policía que se dirigía despacio desde el final de la calle a la Karlskirche.

El griego intentó varias veces acertar con el cordel hasta que al fin, ayudado por el tacto de los dedos, consiguió embocarlo por el ojo del pasador. Tanteó también el roto de la tela e inició con una puntada el cosido. Y mientras lo hacía, pensó en su hermano. Estaba contento porque el trabajo no había consistido en robar un cuadro. Él ya estaba viejo, este iba a ser el último trabajo de su carrera y se sentía orgulloso de haberla culminado sin traicionar al pobre Vassilis. Sí, demasiado viejo, pensó. Se removió en el suelo para coser con más comodidad y logró con dificultad hilvanar algunas puntadas más. Viejo, sí; y a partir de ahora, además, se iba a sentir muy solo. No tenía a nadie, no había podido formar una familia, no tenía a dónde ir. Ni siquiera sabía si Vinicio Salazar se acordaría de él. Fue su amigo, pero de eso hacía ya tanto tiempo... Tal vez lo mejor sería volver a Atenas y pedir el ingreso en una residencia de ancianos, aunque, pensándolo bien, tampoco era una buena idea: era demasiado rebelde para eso. Qué mierda de vida, se dijo; demasiado viejo para trabajar y demasiado inquieto para ingresar en una residencia. Además, conocía las residencias, las miserables cosas que ocurrían en su interior. Su madre había muerto en una de ellas no hacía demasiados años. Y lo que aprendió entonces era que llamaban geriátricos a cementerios vivientes que consistían en meros aparcamientos para seres humanos sin futuro, sin esperanza, sin nada por lo que vivir ni nada que esperar. De allí no saldrían nunca, y cuando salieran sería peor, porque lo harían en un ataúd. Y aquellos ancianos... Una vez que visitó a su madre, la única vez que lo hizo, se topó con un ejército de rostros muertos, de ojos ciegos, de pensamientos vacíos. Muchos de aquellos ancianos estaban trastornados, torturados por las demencias seniles o devorados por la dulce

ausencia del alzheimer, ya sin personalidad, sin vida. La peor censura no es la de las leyes tiránicas; la más perversa es la carencia de la memoria porque impide saber quién se es, qué se fue y qué se puede o no pensar. Incluso recordar a quién se ama. La censura del olvido es la peor de las torturas porque sólo se vive cuando es posible recordar que se sigue vivo. Pero lo más doloroso de aquella gente perdida y abandonada que conoció en la residencia de su madre era que muchos de ellos se acercaban a él buscando una palabra, apenas un saludo, una excusa para hablar. Giraban en torno a él como un cabo al que agarrarse en la tormenta de sus olvidos, buscaban una oportunidad de comunicarse con el mundo exterior, codiciaban recibir un minuto de atención, de cariño, de cualquier gesto que les hiciera sentirse reconocidos como seres humanos. Con ansia; con urgencia. Suplicantes. Revoloteaban a su alrededor como niños de orfanato que precisan una caricia en el pelo, una prueba de su existencia, de su visibilidad. Tal vez lo que debía hacer, pensaba el griego mientras cosía, era usar ese último dinero que estaba ganando en Viena para crear una organización de voluntarios que visitasen a los ancianos en sus residencias, que pasasen una tarde a la semana con ellos, que les ayudaran a volver a creer en la vida antes de que les llegara el momento de perderla. Con aquellos cien mil euros podría intentar formar una asociación, algo así como una ONG de esas de las que tanto se hablaba, una organización de asistencia, visita, compañía y cariño a los ancianos atenienses para que no murieran como murió su madre, sola y llamándole a voces, como le dijeron después. Llamándole a él, ¡Nikos!, ¡Nikos!, aunque en realidad el grito fuera destinado a cualquiera que pudiera tomar su mano durante aquellas terribles horas de la agonía, cuando se vislumbra el único camino que aterra recorrer en completa soledad. Sí, tomaría sus cien mil euros, volvería a Atenas y buscaría el modo de formar un grupo de jóvenes voluntarios que le ayudasen a purgar, con su acción, una vida dedicada a apropiarse de lo ajeno y, en ocasiones también, aunque hubiera sido necesario, sí, necesario, a acabar con algunas vidas que pedían a voces desaparecer, escoria; porque eran eso: escoria y sólo escoria.

El austriaco hizo una seña al italiano y apuntó con las cejas al exterior. Se acercó para ver qué llamaba su atención y Wilhelm le indicó con un dedo el coche policial. El italiano corrió agachado a asomarse a la balconada y vio las luces del coche patrulla que se dirigía hacia allí.

- ¡Por todos los demonios! ¡No puede haber un sistema de alarma! ¡No aquí arriba! ¡Griego, deja eso y salgamos de aquí!

- Acabo en un instante –replicó Nikos Drakopoulos, ensimismado en sus pensamientos y sin saber qué ocurría afuera.

- ¡De eso nada! –negó el italiano-. Wilhelm, vamos a dejar el cuadro en su sitio. Tal y como está. Ayúdame.

El italiano arrebató el cuadro de las manos del griego y le indicó al austriaco que se subiese al pedestal formado con los ladrillos. Una vez arriba, entre los dos lo alzaron y Wilhelm lo colgó, después de tantear las sujeciones para dejarlo encajado.

- ¿Qué sucede? –preguntó el griego, inquieto.

- La pasma –replicó el italiano-. Nos vamos de aquí.

- ¿No vamos a dejar los ladrillos donde los encontramos? –se sorprendió el griego-. Si no lo hacemos, sabrán que hemos estado aquí, que hemos descolgado el cuadro... Lo analizarán y verán que está a medio coser la raja de atrás. No tendrán duda y nos perseguirán. Porque sabrán qué es lo que nos estamos llevando, ¿no?

- ¡No! ¡Nadie lo sabe! ¡Y no seas imbécil! –le recriminó el italiano-. Que hemos estado aquí lo sabrán en cuanto vean destrozada la puerta de abajo.

- Bien, como tú digas –aceptó el griego, resignado al trato que recibía.

En cuanto el austriaco terminó de colgar el cuadro en su sitio, los tres hombres corrieron escaleras abajo guiados por el haz de luz que el italiano facilitaba con la linterna. No se fatigaron en la bajada, el cansancio sólo se manifiesta cuando no existen cosas más importantes en que pensar, y ellos sólo esperaban alcanzar la calle antes de que la policía rodease el edificio. Una vez abajo, no se molestaron en cerrar la puerta de acceso a la escalera interior de la columna y, antes de asomarse al exterior, con la luz de la linterna apagada, el italiano les ordenó detenerse.

- Esperad –dijo-. Voy a ver si tenemos la salida franca.

Abrió con cuidado una rendija del portón principal y miró afuera. No se veía a nadie.

- Está bien. Vamos a salir. Pero tú, Wilhelm, tienes diez segundos para volver a dejar la cerradura como estaba. Si viene la policía, quiero que comprueben que las puertas están bien cerradas para que no entren. Ya lo descubrirán todo por la mañana. Nikos y yo te esperaremos en el coche con el motor en marcha.

El austriaco afirmó con la cabeza, conforme.

- Si se ha disparado alguna alarma, entrarán de todos modos a ver qué sucede –advirtió el griego.

- Mira, griego, ya me tienes harto con tanta pejiquera –el italiano clavó sus ojos en los del griego y le agarró por un brazo-. En primer lugar esa columna no tiene electricidad interior, así que no cabe pensar en alarmas de ningún tipo. Y en segundo lugar no tenemos otra opción. O sea, que si prefieres quedarte aquí esperando a que te encierren, por mí encantado, ¿entendido? Yo me largo.

- No, si yo...

- ¡Pues andando!

Los dos hombres ganaron el exterior y se pegaron a la pared para, siguiendo la fachada, alcanzar cuanto antes el refugio del Skoda. Recorrieron el frontispicio protegidos por las columnas griegas; luego bajaron de puntillas la escalinata de la iglesia y rápidamente se refugiaron en el soportal de la torre austriaca. Desde allí pudieron observar los destellos de las luces del coche de la policía, que parecía haberse detenido cerca de su automóvil aparcado al fondo de la Karlsplatz. El italiano se quedó pensativo unos momentos, sopesando si debían avanzar hacia el coche o esperar a ver qué decisión tomaban los agentes.

- ¿Qué hacemos? –preguntó el griego, en un susurro.

- Cállate. Estoy pensando.

El austriaco se llegó hasta ellos.

- ¿Cerrada? –preguntó el italiano.

El austriaco afirmó con la cabeza.

- Tampoco podemos permitir que nos vean así –el griego negó, moviendo la cabeza a un lado y otro-. Si nos cazan, no sé cómo vamos a explicar qué hacemos, de madrugada y bajo la lluvia, vestidos con este traje de bucear...

- Wilhelm –el italiano se volvió hacia el austriaco-: Rodea ese seto con cuidado y acércate para ver qué están haciendo. Creo que están junto al coche y sólo nos faltaba que avisaran para que se lo llevase una grúa. Por una vez tiene razón el griego. No me imagino paseando a estas horas por las calles de Viena con esta pinta. Y ten mucho cuidado, que no te pesquen...

No hizo falta que el austriaco cumpliera la orden. De repente, el coche-patrulla se puso en marcha y, muy despacio, siguió su ronda hasta alejarse de allí.

- Una inspección. Se trataba de una simple inspección –resopló el italiano, aliviado-. Vía libre. Salgamos de aquí.

Sin detenerse recorrieron de nuevo la fachada de la derecha de la iglesia, cruzaron rápidamente la calle Karl y llegaron hasta el Skoda. Una vez en su interior, se apresuraron a cambiarse los trajes de submarinista por ropas de

calle y, sin encender las luces del auto, dieron media vuelta y se alejaron del lugar cruzando la Karlsplatz. La operación había terminado.

Permanecieron un buen rato en silencio mientras se adentraban por las estrechas calles del centro de Viena, girando a derecha o izquierda de modo indistinto, sin rumbo. Conducía el italiano, sin apartar la vista del camino; a su lado viajaba el austriaco, indiferente, y el griego se había desplomado en el asiento de atrás con los ojos medio cerrados. El italiano no sabía muy bien por dónde conducía: cruzó el Danubio dos veces y otras dos el canal; reconoció el Estadio Ernst-Happel y pasó una o dos veces junto al Messezentrum y el Donauturm. Después de un largo rodeo, circulando sin prisa, dejó a su derecha el Zoo Schöbrunn. No había urgencia en llegar a ningún sitio y supuso que aquel periplo por la ciudad les ayudaría a todos a recobrar la calma. Todavía tenía algunas cosas en que pensar.

En el asiento de atrás, silencioso y exhausto, Nikos había cerrado por fin los ojos. Volvía a pensar en su hermano; y en su madre. Y en lo solo que se sentía. La idea de crear una organización para acompañar a los ancianos le parecía ahora una insensatez. Lo que tenía que hacer con aquel dinero era instalarse en alguna ciudad grande y risueña, por ejemplo en París, e iniciar una nueva vida en un lugar donde nadie lo conociera. Estaría bien hacerse pasar por un policía jubilado convertido en un bohemio habitual de los cafés de Saint Germain-des-Près. Conocería a una francesa, una mujer de edad, viuda, que le tomase a su cargo. Y él la llenaría de halagos y besos cortos a cambio de que le cocinase sopas calientes y le tuviese planchadas las camisas. Tendría que pensar en todo ello, se dijo. Tiempo habría. Ahora lo importante era que el italiano cumpliera su promesa y le diese cuanto antes su parte del botín, el pago por robar..., por robar... ¿Pero qué era lo que acababan de robar?

- ¿Qué acabamos de robar, italiano?

El italiano lo observó por el espejo retrovisor, lanzándole una mirada de hielo.

- El mapa del tesoro, ¡no te jode! –Su respuesta fue seca como una cuchillada-. ¿Y a ti qué te importa?

- Bueno, en realidad no mucho. Pero no me gusta trabajar sin saber qué tengo entre manos... Nunca lo he hecho.

- Siempre hay una primera vez para todo. –El italiano se volvió al austriaco-. ¿Dónde te dejó, Wilhelm?

- En cuanto me des mi parte, en la Estación Sur –respondió, después de carraspear.

- ¡Vaya! –se sorprendió el italiano-. Había empezado a pensar que eras mudo...

- Mudo no, profesional –el austriaco no se volvió para mirarlo. Tenía la vista fija en el frente, en la soledad de las calles por las que avanzaba el coche. Sólo la giró para contemplar la fachada de la Escuela Española de Equitación y comprobar por dónde iba. Después no movió un músculo de la cara al añadir:- Al llegar nos ordenaste absoluto silencio, ¿lo recuerdas? Y yo cumplo siempre lo que se me manda. Nunca lo olvides.

- Deberías aprender, griego –el italiano lo miró otra vez a través del espejo retrovisor-. Ahora te doy lo tuyo, Wilhelm. Después, no nos volveremos a ver. Ninguno de los tres. Ha sido un placer trabajar con vosotros, pero esto se ha acabado. Es mejor así: nunca sabréis cuál ha sido el objeto de vuestro trabajo, pero conformaos con saber que hay una persona que os estará muy agradecida.

El italiano detuvo el coche en un callejón, justo enfrente de la Estación Sur. Descendió de él, abrió el capó posterior, levantó la alfombrilla que disimulaba la rueda de repuesto y extrajo un paquete envuelto en un plástico negro y sellado con cinta adhesiva de embalar. Luego repuso la alfombrilla en su sitio, cerró el capó y regresó junto a la ventanilla del automóvil.

- Ven conmigo, Wilhelm.

El austriaco salió de coche y lo siguió. El italiano lo llevó hasta un portal cercano, forzó la cerradura con rapidez y se adentró en él. Wilhelm hizo lo mismo. Ya en el interior, le dio el paquete.

- Cuéntalo si quieres –le dijo-. Son cien mil euros en billetes de quinientos, cien y cincuenta. Usados y sin la numeración correlativa.

El austriaco lo sopesó en la palma de la mano y le miró a los ojos.

- ¿Seguro?

- Cuéntalo si no te fías –repitió el italiano.

- Sí. Creo que lo voy a hacer; a ver si me salen las cuentas...

El austriaco procedió a despegar la cinta adhesiva y a desgarrar el plástico negro. El italiano, resoplando, se dio la vuelta sobre sí mismo y pareció poner las manos en jarras, sobre sus caderas. Pero en realidad empleó el movimiento para sacar la pistola con silenciador que llevaba metida en el cinturón y, girándose deprisa, disparó sobre el austriaco tres veces, dos en el pecho y una en la cabeza. A continuación le arrebató el paquete con los recortes de papel de periódico que contenía, desgarró el envoltorio, esparció los trozos rectangulares sobre su cuerpo muerto y guardó el arma.

- De todos modos, lo tuyo no eran las matemáticas... –silabeó.

Cuando salió del portal, el griego tenía otra vez los ojos entornados. El italiano subió al coche, cerró la portezuela y puso el motor en marcha.

- ¿Y el austriaco? –preguntó Nikos sin abrir los párpados.

- Ahí se ha quedado, contando el dinero. Le he dicho que espere a que nos vayamos para cruzar a la estación. Es mejor que nadie nos vea juntos.

El italiano puso el coche en marcha. Seguía lloviendo sobre Viena pero ahora ya había pasado el aguacero y apenas una llovizna ensuciaba el parabrisas del Skoda.

- ¿Y a ti, dónde te dejo? –preguntó el italiano.

El griego entreabrió los ojos y contestó:

- Pues si Wilhelm va a la Estación Sur, a mí déjame en la Estación Oeste. Creo que viajaré a Berna...

Luego volvió a cerrar los ojos.

El italiano se acomodó en el asiento y enfiló la calle de la nueva estación. Echó dos vistazos fugaces al griego para comprobar si se había dormido. Sí, estaba viejo, pensó.

- ¿Sabes? –dijo de pronto Nikos-. Durante toda mi vida me he acostado con un montón de mujeres. Supongo que como tú. Veía una que me gustaba y pensaba: “A esta me la voy a follar”. Y con muchas lo conseguí, te lo aseguro. Con muchas, sí. No es que yo fuera guapo ni nada por el estilo, nunca he sido un galán, pero ya sabes: con dinero y un poco de tiempo consigues casi todo lo que te propones. Así ha sido mi vida: muchas mujeres pero ninguna mujer. Ninguna mujer de verdad, quiero decir. Y ahora, a mi edad, he llegado a verlo todo claro... Por fin he llegado a comprender que lo que yo deseo..., lo que más quisiera..., no sé cómo expresarlo. Imagino que esto lo deben de pensar la mayoría de los hombres, o por lo menos los más listos... Lo que yo deseo es una mujer que esté tendida a mi lado, apoyada en mi hombro, o mirándome con una sonrisa sincera, una sonrisa de verdad en los labios, y que me diga que está a gusto conmigo, que se siente bien a mi lado. Y que se ría; que se ría mucho. El sexo y todo lo demás vendrá o no vendrá, estará mejor o peor, pero lo que yo quiero es una mujer de verdad, no importa que sea guapa o que no lo sea, que sea joven o mayor, muy mayor... Lo que deseo con todas mis fuerzas es que esté ahí, a mi lado, los dos desnudos, sin dinero por medio ni nada que no seamos nosotros dos. Y que me diga eso de que le gusto, que me quiere, que..., no sé. Estoy seguro de que sabes lo que quiero decir. Oye, italiano, ¿por qué has liquidado al austriaco?

El italiano se giró con la mirada desconcertada. Volvió a poner los ojos en la calzada y dijo:

- ¿Por qué me preguntas eso?
- Si vas a hacer lo mismo conmigo... –entrecerró otra vez los ojos-, hazlo ya. Y deprisa. Odio las despedidas.
- Estás loco...

El griego no contestó. Se acomodó un poco mejor en su asiento y se dispuso a descansar. El italiano condujo despacio por las calles de Viena, sin decidir lo que iba a hacer. De repente sintió que dudaba, y eso le irritó. No había dudado nunca.

- Y si no va a ser así, métete en ese maletero y dame mi dinero, *macarroni*. Dormiré mejor –dijo el griego.
- Como quieras.

El italiano acercó el coche a la acera, lo detuvo y paró el motor. Salió, caminó hacia la parte trasera y manipuló la cerradura del capó, pero no se detuvo más tiempo ante él. Completó la vuelta al coche hasta acercarse por detrás a la ventanilla del griego y susurró:

- Alguien me enseñó que la vida es un negocio que siempre acaba quebrando... Adiós, amigo.

La silenciosa pistola terminó descargándose después de vomitar tres balas sobre la cabeza del griego, que ni siquiera se movió de su sitio. El italiano se enfundó la pistola de nuevo, fue al maletero, extrajo su bolsa negra y se marchó de aquel lugar, caminando despacio.

Al cruzar el Danubio, miró a ambos lados del puente para asegurarse de que nadie le veía y arrojó el arma al río. Después se alejó de allí lentamente por los linderos del Prater como si le diese pereza empezar un nuevo día.

Amanecía poco a poco sobre Viena aquel 9 de octubre. Y había dejado de llover. El italiano deambuló sin rumbo, con las huellas de la fatiga incrustadas en el rostro, pensando en qué hacer para asegurarse el cobro por su trabajo. Confiaba en el señor Salazar, desde luego; nunca le había fallado, ahora no tenía por qué ser diferente, y además había cumplido su parte, incluso consiguiendo que nadie, ni sus colegas, llegasen a saber nunca lo que habían robado, tal y como le había pedido Salazar. Pero trescientos mil euros por aquellos papeles, que no parecían gran cosa, era demasiado dinero: casi medio millón de dólares USA. El italiano se sentía cansado, muy cansado; no estaba acostumbrado a pasar la noche en vela y, por si fuera poco, tomarse, antes de desayunar, dos cadáveres.

De repente se dio cuenta de que no tenía a dónde ir. Había dejado la habitación del hotel por la tarde, antes de encontrarse con sus cómplices; nadie sabía su nombre: se había registrado con el pasaporte robado a un turista inglés en el aeropuerto; a Viena había llegado en un coche sustraído en Eslovaquia que pronto estaría acordonado por la policía, a la espera de que un juez diese orden de levantar el cadáver del griego; y no tenía modo de tomar un avión ni de alquilar un coche porque carecía de un documento de identificación. Caminaba sumido en aquellas cavilaciones, dudando el rumbo a tomar, cuando frente a él, como un espejismo, apareció el Café de la Gloriette. No lo pensó: entró, pidió un café solo y, mientras se lo preparaban, se dirigió a los lavabos. Orinó, se lavó enérgicamente las manos, se echó agua por la cara, se mojó la nuca y se secó con varias toallitas de papel. Luego entró en una cabina para abrir la bolsa negra y revisar los papeles robados.

Aquello que tenía entre las manos parecía absurdo. No entendía bien el alemán, pero se trataba de una partitura musical, sin duda. En la primera hoja estaba la firma y el garabato de alguien que bien podría ser Ludwig van Beethoven, tal y como le habían informado, y unas cuantas palabras que quizá pudieran ser traducidas como “sinfonía” y “diez”; o “decena”. Completamente

absurdo. ¿Se trataría de la *Décima Sinfonía* de Beethoven? Todo el mundo sabía que el músico había compuesto nueve y que poco después había muerto. Si aquello era lo que le habían encargado robar, allí estaba, en su poder. Pero si el señor Salazar creía que adquiriría una nueva sinfonía de Beethoven, la que nunca existió, el único que iba a hacer negocio era él. A ver quién podría creer que aquel descubrimiento tenía en estos tiempos algún viso de verosimilitud.

La partitura se componía de un buen puñado de páginas distribuidas en siete u ocho cuadernillos amarillentos llenos de notas musicales y anotaciones en los márgenes de las líneas del pentagrama. El papel, desgastado por el paso del tiempo, tenía los bordes cortados a mano y algunas manchas oscuras que lo mismo podían ser gotas de sangre que huellas de esputo o heridas de la humedad. Pero, en su conjunto, la conservación podía calificarse de magnífica.

El italiano salió de los lavabos y volvió a la barra del bar. Se bebió el contenido de la taza y pidió otro café y un cruasán. Luego un vaso de agua. Cuando terminó de desayunarse, encendió un cigarrillo rubio. Miró el móvil y comprobó que aún tenía batería. Marcó el número que había memorizado.

- ¿Señor Salazar?

- Dígame.

- El trabajo é *finitto*. Tengo lo que me pidió.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado. La respuesta se hizo esperar.

- Lo sé. Todas las emisoras están dando la noticia de los destrozos en la iglesia de San Carlos Borromeo y del asesinato de dos hombres. La policía busca al tercero: supongo que a usted.

El italiano dudó qué responder. Apuró el cigarrillo y lo tiró al suelo, con rabia.

- De acuerdo –dijo al fin, con la voz rasgada-. Entonces sabrá que necesito salir de este país cuanto antes. A no ser que ya no le interese la mercancía...

- Me interesa, me interesa... Pero no comprendo por qué ha tenido usted que sembrar Viena de cadáveres...

- ¡Pero si usted me dijo...!

- ¿Yo? Por favor, yo sólo le pedí discreción, ¡discreción! ¡Lo único que pretendía era que nadie llegase a saber...! ¡Joder, Senzanome, es usted demasiado literal! En fin, dejemos eso. Y ahora escúcheme bien: no se mueva de donde esté. Dentro de una hora pasará a buscarle un coche que lo trasladará a Milán. Nos veremos en el Hotel Park Hyatt esta misma tarde a las siete. En la Cupola. O no, mejor en el Bar. ¿Dónde se encuentra ahora?

- En el Café de la Gloriette, junto a la entrada sur al parque del Prater...

- De acuerdo. Compre un periódico y haga tiempo. No mire a los ojos a nadie; que nadie se fije en usted. Un Mercedes de color negro se detendrá a la puerta del Café dentro de una hora. Suba a él sin hacer preguntas y disfrute del viaje. A las siete nos vemos en Milán.

La comunicación se cortó. El italiano se quedó mirando el teléfono móvil antes de guardarlo. Tal vez lo matarían, pensó. Pero no podía hacer otra cosa, por ahora. Se sentó a una mesa junto a la cristalera, descorrió la cremallera de su bolsa debajo del velador y buscó a tientas su otra pistola. Con disimulo se la metió en el cinturón, junto al riñón derecho.

En todo caso, no iba a resultar fácil acabar con él, si era eso lo que se proponían...